

EL GARBANCILLO QUE NO QUERÍA VIVIR

Cuando en una calurosa tarde de primavera se levantó una suave brisa mediterránea que recorrió todo el Cabezo Negro de Tallante, el Garbancillo comenzó a recordar aquel tiempo en el que había perdido las ganas de vivir.

En aquella no tan lejana época resultaba difícil que algún ser humano reparase en su existencia pues era de los últimos de su especie y sólo quedaban vestigios de su pasado en los libros de botánica. Los hombres, víctimas de su propia soberbia, hacía años que no respetaban las sagradas reglas de convivencia con los demás seres vivos y, guiados por su afán de desarrollo a ultranza, se entregaban a la explotación irracional de todos los recursos naturales, olvidando que de esta forma jugaban con su propia supervivencia.

El Garbancillo pensaba entonces que lo mas terrible de su situación no era la soledad como planta silvestre única, a la que ya se había acostumbrado, sino saber que tras él no habría otros que mantuvieran su estirpe y siguieran prestando su polen y sus semillas a las abejas y otros animales alados para continuar esa amable relación de colaboración mutualista que se había iniciado en el albor del mundo.

Por otra parte, venía observando un fenómeno que le provocaba zozobra. Cada vez había menos abejas y, además, los cambios meteorológicos le resultaban inexplicables. Hacía más calor y de vez en cuando se desataban furiosas tormentas con lluvias torrenciales que amenazaban con arrasarlo todo, como si el cielo se hubiera sentido atacado y se defendiera de esa forma.

En esos días se abandonaba a melancólicos pensamientos que giraban siempre en torno a la misma idea: para qué seguir viviendo si nadie sabe cual es mi triste situación de soledad y conmigo se extinguirá una especie que es la más singular de estas tierras volcánicas. Por qué los hombres no entienden que la pérdida de biodiversidad es sólo el preludio del fin de su propia existencia en la tierra, cuándo se darán cuenta de que sólo rompiendo con esa inercia destructiva podrán recuperar la armonía y las esperanzas de una vida mejor.

No, en esa situación era mejor dejar de absorber los nutrientes que le proporcionaba la tierra volcánica, era mejor no empaparse del rocío del alba y abandonar cuanto antes una vida condenada a la esterilidad y el aislamiento.

No se trataba de una depresión coyuntural o pasajera sino de la total convicción de la inutilidad de su propia permanencia como ser que forma parte de una red que ya ha dejado de interactuar con otros seres, porque han aparecido fisuras en los eslabones de las cadenas que les unían.

En esas tristes cavilaciones andaba una mañana de primavera cuando un hombre apareció frente a él y se le quedó mirando extasiado. Inicialmente no dijo nada, pero empezó a hacerle fotografías y posteriormente a exclamar ¡No es posible! ¡Si ya no quedaban! ¡Este hallazgo científico no se lo van a creer! Al poco se marchó y no regresó hasta unos días más tarde acompañado de otros hombres y mujeres que lo miraban y hablaban entre ellos apasionadamente.

En sus conversaciones decían: tiene que haber más, hay que luchar para que no se extinga, tenemos que plantear un proyecto, no puede ser que desaparezca, debemos lograr que se reproduzca, los vecinos de Tallante tienen que saber el tesoro biológico que tienen aquí e implicarse en su conservación porque sólo les reportará beneficios y, además, serán reconocidos como bienhechores de una especie en peligro de extinción.

El Garbancillo empezó a animarse con las cosas que escuchaba pues sabía que hablaban de él y que todos sus mensajes transmitían esperanza, que no estaba solo que había otros de su misma especie y que esos hombres y mujeres iban a luchar porque pudieran unirse de nuevo para seguir cumpliendo la misión de reproducción a la que estaban llamados por las leyes de la naturaleza.

Sin saber exactamente en que momento sucedió, notó que recuperaba las ganas de vivir, percibió que no estaba todo perdido, que, seguramente, eran muchas las personas dispuestas a cambiar las relaciones entre los seres humanos y los demás seres vivos, muchas las personas que querían que pervivieran todas las especies, que pensaban que no podía prevalecer un modelo de desarrollo que ignorase la pérdida de biodiversidad que estaba provocando un desarrollo desaforado conducente a la progresiva destrucción de las especies hasta poner en cuestión la existencia misma del hombre en la tierra.

Un tiempo después apareció frente a él un pequeño grupo de personas con una bandera azul con la leyenda *LIFE* dentro de un círculo de estrellas. Uno de ellos, que dijo llamarse Juan José, le habló con palabras hermosas, le susurró que nunca estaría solo, dulcemente recogió de sus flores las semillas que envolvió lentamente en algodón, según le prometió, para cuidarlas hasta que nacieran sus descendientes a los que traería de nuevo a esta tierra para que le hicieran compañía y prolongaran su estirpe.

El Garbancillo supo que cumpliría su promesa como así sucedió y de eso se alegraba esa tarde de primavera cuando empezó a olvidar para siempre aquel tiempo en quería dejar de vivir.

Juan Madrigal de Tores

A mis amigos Juanjo y Esteban por lo que están haciendo, que va más allá del cumplimiento de sus deberes científicos y profesionales.

Relato escrito tras la lectura del Informe Resumido del IPCC, el Viernes Santo de 2014.